

Crónica de la primera invernal al Naranjo de Bulnes

Por Pedro Udaondo
y Ángel Landa



■ Pedro Udaondo y Ángel Landa

Texto
Ángel Landa Vidarte

Ángel Landa Vidarte (Sestao, 1935). En los años cincuenta realiza destacadas primeras vías en Picos de Europa y lidera rescates en condiciones de máxima dificultad. Posteriormente protagoniza escaladas prestigiosas en los Alpes: Pilar Bonatti en la Aiguille du Dru, Cara este del Gran Capucin, Mont Blanc por la Brenva y la Aguja Blaitière, etc. Director técnico de la primera expedición vasca a los Andes, en 1967 (primera ascensión absoluta el Atunrraju). En 1974 es el director técnico de la primera expedición vasca al Everest ("Tximist", alcanzaron los 8500 m).

“Dicen que la vida es un círculo, que cuando te acercas al final te acuerdas del principio.”

En los primeros días de marzo de 1956 nieva en todo el norte de España y Bilbao se cubre de un manto blanco, de casi medio metro. 7:20 h. La estación “de Santander” de Bilbao ve aparecer a dos jovencitos con sendas y voluminosas mochilas, casi tan grandes como ellos. Van a tomar el tren que les depositará a las 12 h en la capital cántabra, de la cual parte otro tren que les llevará hasta Unquera, para hacer otro trasbordo, esta vez en autobús, hasta Potes.

En todo el trayecto desde Bilbao hemos visto por la ventanilla del tren los campos, pueblos y las estaciones nevados. Pero ahora va a ser distinto: en el desfiladero de la Hermida está la puerta que da acceso a Liébana, por tanto, a los Picos de Europa. La carretera discurre pegada al curso del río trazando tantas curvas como él, con los tenebrosos barrancos poblados de corredores por donde descienden aludes desde lo alto de la montaña, con muchos cientos de metros de recorrido, para venir a parar a la carretera y al río. Si hay escudos paranieves, las avalanchas se los han saltado a

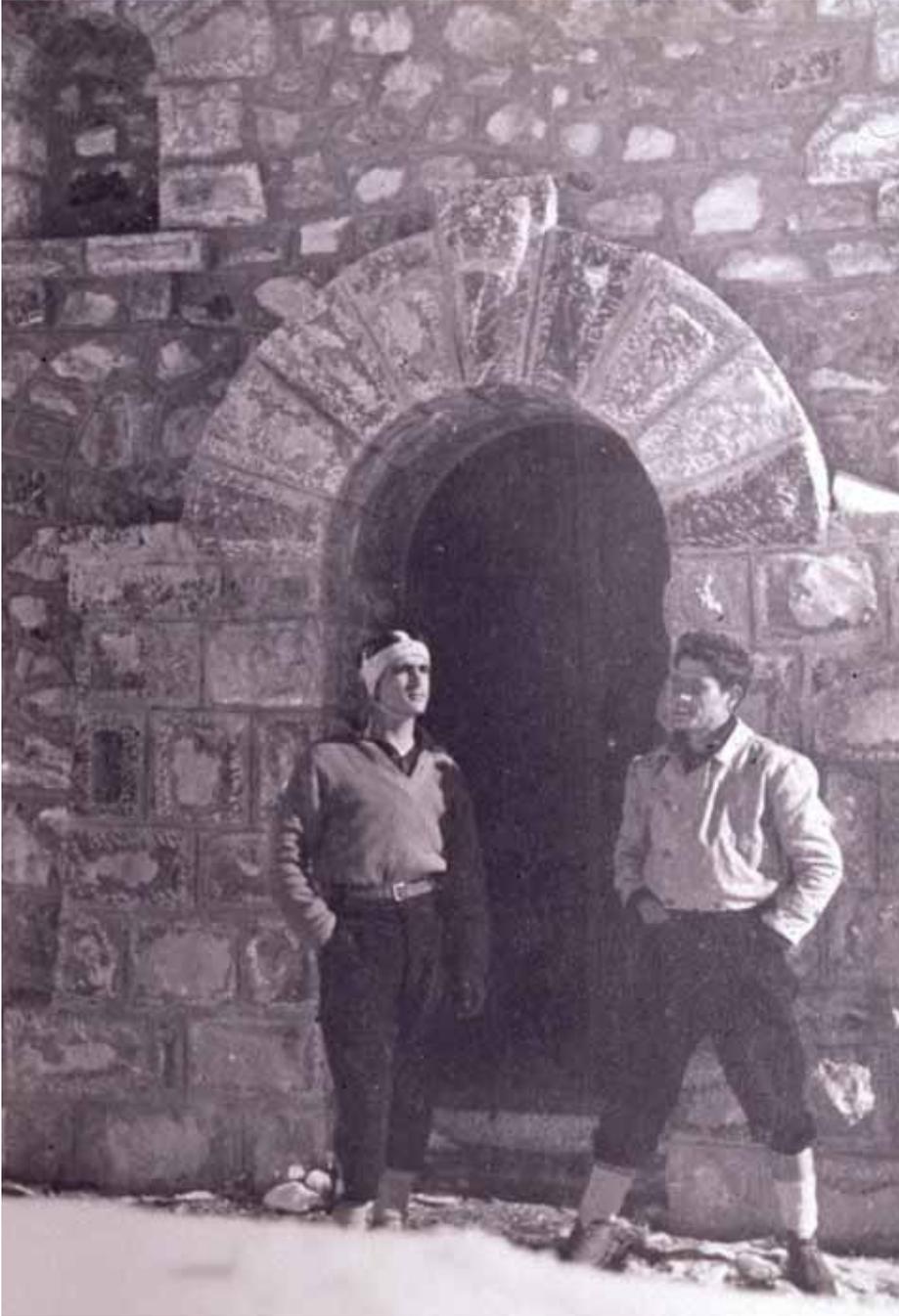
la torera. Las máquinas han trabajado día y noche para dejar expedito un pasillo por donde se cuele el autobús, con el conductor y los pasajeros conteniendo la respiración, ya que en cualquier momento y sin previo aviso miles de toneladas de nieve y roca te pueden caer encima y convertirse en nuestro sudario. No sé qué es más peligroso, si ser alpinista o chófer de los autobuses que hacen el trayecto de Unquera a Potes en invierno.

Son las 21:30 h cuando al fin llegamos a Espinama, en una noche cerrada, oscura y fría. Si los lobos no pululan por las calles es porque no quieren. Nos cobijamos como podemos, sacamos de una fiambreira una tortilla de patatas y nos comemos la mitad -la otra mitad, para mañana-; esta magnífica cena la hacemos bajo el porche de una casa que nos protege un poco del frío. Sólo hay una bombilla colgada como un chorizo de un cable, en un poste que se bambolea por efecto del viento, y se apaga y enciende de forma intermitente.

Llegamos a Espinama, en una noche cerrada, oscura y fría. Si los lobos no pululan por las calles es porque no quieren

Hace mucho que la decisión está tomada, cualesquiera sean los elementos que concurren. Por el camino carretil que sube a Áliva, a las 22 h, comienza nuestro caminar. O, mejor dicho, reptar: nos hundimos tanto en la nieve, bajo el peso de las mochilas, que el mayor esfuerzo consiste en sacar el pie del profundo agujero de la pisada, y avanzamos casi a rastras. En un momento en que tengo un puñado de nieve en la mano, pienso en más estrellas de hielo en mi puño que las que veo esta noche en el firmamento.

Puede que sean las 0:30 h cuando llegamos a las casetas de los invernales de Igüedri. La paja que hay en una chabola nos parece la cama de



un hotel de cinco estrellas. En el duermevela de la noche se me aparecen las figuras de escaladores anteriores, que tan elegantemente hicieron extraordinarias y soberbias escaladas tanto en el Macizo Central como en el Occidental (en Peña Santa de Castilla, por ejemplo); y sé que una parte de lo que soy y siento se lo debo a ellos, que con ilusión y pasión abrieron vías y nos dejaron su huella imborrable: aquellos generosos caballeros aristócratas (sólo los conozco de la montaña) se llamaban Fuentes, Folio, Herreros, Sopena, Rojas, Galilea, Teógenes, Espinosa... Espero que descansen en paz en la gran montaña que siempre llevaron en su corazón; se lo merecen,

por valientes y buscadores de la libertad, por dejar una bella huella de sus pasos en la Tierra. No los olvidaré mientras viva. Amanece un día despejado, que nos calentará el cuerpo y el ánimo; pero también la nieve. ¡Pobres de nosotros! Nos seguiremos hundiendo hasta las rodillas y más arriba por el peso de las mochilas. Creo que pesaban más que nuestros flacos cuerpos, muy machacados y siempre mal comidos; eran tiempos de camisas azules, escasez y estómagos vacíos. La comida que llevamos se compone de latas de mermelada, de sardinas, leche condensada, colacao, frutos secos y galletas. Y acarreamos un infiernillo que pesa un disparate, y dos latas

de petróleo para hacerlo funcionar, de dos litros cada una. El material de escalada consiste en una cuerda de cáñamo de 100 m, prestada por los espeleólogos de la Diputación de Vizcaya, de la que nos sobra la mitad -pero peor sería que nos faltase un solo metro-; clavijas y mosquetones de hierro; un piolet, que más se parece a un azadillo de huerta; y los crampones, de ocho puntas, que nos sirven de poco, ¡pero nos dan moral!

El material de escalada consiste en una cuerda de cáñamo de 100 m, prestada por los espeleólogos de la Diputación de Vizcaya

La indumentaria es la mejor que tenemos: un anorak nuevo, confeccionado por mi hermana a partir de una gabardina vieja; las botas nos las ha fabricado un zapatero remendón de las Siete Calles de Bilbao, con las suelas rígidas, "para que nos sirviesen tanto para esquí como para montaña" - así nos lo decíamos nosotros; lo cierto es que no servían para ninguna de las dos cosas -, y que creo que nos costaron 325 pesetas ... ¡artesanía pura y dura! Por cierto: donde yo trabajaba me pagaban 175 pesetas a la semana, y cuando me marchaba a la montaña corría el riesgo de que al volver me hubieran puesto de patitas en la calle. Aunque, a decir verdad, la mayoría de las veces se apiadaban de mí y me admitían de nuevo - no siempre era así: de vez en cuando, los lunes al sol.

De las dos mochilas, repartimos el peso en tres partes; de esta forma, aligeramos el peso, pero debemos hacer el camino dos veces, una vez uno y la siguiente el otro. Al atardecer del segundo día de marcha, alcanzamos el collado de los Horcados Rojos, en el momento en el que el señor de los Picos mostraba todo su rubor: ¡el Naranjo de Bulnes! En dos horas más de duro caminar con las botas de suela rígida como el acero, llegamos al refugio de Vega de Urriello. Cuando logramos abrir la puerta, una bocanada de aliento frío y húmedo nos golpea la cara, como si saliese de un panteón.

En el día de gracia de 15 de marzo de 1956, a las ocho de la mañana, recién despuntada el alba, comenzamos la escalada, y empezamos a tomar conciencia de nosotros; es a partir de ese momento cuando sentimos que somos nosotros mismos y tenemos que demostramos de qué somos capaces. Estamos en tiempo de pobreza de miras, de escaseces morales y humillaciones, más que de ensoñaciones y aventuras. Pero la libertad y la ilusión viven siempre dentro de las personas valientes y de corazón noble y generoso. ¿Quién nos puede parar, si sentimos que hemos nacido ahora?

Los primeros largos de cuerda, en verano, son de roca descompuesta; pero, en invierno, el hielo suelda los trozos a la pared, lo que hace que progrese muy rápidos y alcancemos el hombro de la cara norte. Placas lisas (llambrías) con verglás nos cierran el paso para alcanzar la gran chimenea de la vía Pidal-Cainejo.



Entre el hielo y la roca hay una pequeña separación, en la que -calculo- no entra la punta de las botas. Entonces, decido descalzarme con la idea de que la lana de las medias y las puntas de los dedos me sujeten algo en la fina separación entre el hielo y la roca. De esta forma, voy progresando en un equilibrio siniestro, tocando las "arañas del miedo". Cuando logro superar aquello, me calzo de nuevo las botas y miro al comienzo de la chimenea terminal.

Decido descalzarme con la idea de que la lana de las medias y las puntas de los dedos me sujeten algo en la fina separación entre el hielo y la roca

Un gran bulbo de hielo vítreo - producto del agua que discurre por la chimenea cuando la temperatura lo permite - nos cierra el paso por

el centro, pero sí hay una posibilidad por una fisura en la roca de la derecha, y es por ahí por donde subimos, con la boca seca como el esparto y algún que otro calambre en las piernas. Las reuniones las hacemos a veces con las piernas abiertas apoyándonos en ambos lados de la chimenea al estilo "tijera", ya que el hielo del fondo da pocas posibilidades de asegurar. Cuando las manos se cansan, los dedos no se pueden articular, y se quedan agarrotados y rígidos como cables de acero. ¡La cima está cerca! Estamos cansados por la tensión y el esfuerzo físico que supone la escalada. Faltan muchos años aún para inventar los fisureros, empotradores, friends, clavijas de hielo, piolets tracción y otro sinfín de artilugios. Tenemos que escalar con las clavijas que nosotros mismos hemos forjado. Calcular a ojo la clavija que podía encajar en la fisura que vemos por encima de nuestra cabeza es complicado, y de no acertar al primer golpe de la maza, la clavija sale rebotada por el aire y se precipita al vacío con el sonido del hierro al chocar contra la roca; sonido que es lo más parecido al canto funerario del miserere. En aquel inestable equilibrio, muchas veces me pregunto si me quedarán fuerzas para colocar otra clavija; de lo contrario, estaría muy cerca de despeñarme y romperme la crisma a pedacitos. Es una aventura siempre incierta y no pocas veces desesperada, que crea un máximo de tensión muscular y nerviosa que hay que controlar para no perder el control de uno mismo.

Hemos pasado de puntillas (con las puntas de los pies) y con las yemas de los dedos sujetándonos en diminutos agarres que presenta la roca, ¡las "arañas del miedo" es como llamo yo a esos pasajes! Estamos en la cima, y una gran libertad y orgullo nos invaden al haber logrado lo que tanto hemos soñado y tanto esfuerzo nos ha costado. El Picu, en esta estación de invierno, desde el comienzo de los tiempos, sólo ha oído al viento. Sólo ha visto alguna ave pasar por encima, y es posible que alguna se posara en su cima, pero la mayoría siguieron su vuelo.

Éramos jóvenes, recientes los 20 años, pero enseguida aprendimos que este deporte es algo más que un deporte para los "primeros de cuerda", a los que la montaña revela sus secretos más profundos y celosamente guardados; y que no es un deporte para mediocres, timoratos y pusilánimes, ya que el miedo no les permite ir más lejos a estos alpinistas de salón. El alpinismo sólo se entiende desde dentro del alpinismo, desde la osadía y la intrepidez, y no es posible verlo desde la mediocridad y el temor cobarde. Para los verdaderos alpinistas, la estética es siempre reflejo de la ética.

Las bellas cosas inútiles son las más indispensables para la vida, como decía Dino Buzzati.

Fotos:
Archivo Familia Udaondo